

Tirso de Molina (2018): *La santa Juana. Segunda parte*, Instituto de Estudios Tirsianos (IET) / Instituto de Estudios Auriseculares (IDEA), New York-Madrid. Edición de I. Ibáñez, B. Oteiza, C. Tabernero y L. Escudero, 261 pp.

En la *Quinta parte de comedias* de Tirso de Molina (1636), encontramos una serie de obras que pertenecen a diferentes géneros dramáticos. Figuran algunas de capa y espada como *Marta la piadosa*, otras históricas como *La dama del Olivar*, y otras mitológicas como *El Aquiles*. Aparece también una comedia de santos del mercedario que ha merecido una valiosa y reciente edición crítica a cargo de la profesora Blanca Oteiza (UNAV), una de las grandes especialistas en el teatro hagiográfico de Tirso de Molina, y su equipo. Se trata de la segunda parte de la trilogía que dedica Tirso a Juana Vázquez, la Santa Juana, de la que hay versiones manuscritas previas. La edición la firman también otras tres investigadoras del Instituto de Estudios Tirsianos: Isabel Ibáñez, Cristina Tabernero y Lara Escudero. Se trata de un valioso resultado de investigación del proyecto I+D «Edición crítica del teatro completo de Tirso de Molina. Cuarta fase (FFI2013-48549-P)», liderado por la propia Oteiza.

Junto al texto de la segunda parte de *La santa Juana*, se nos ofrece un aparato de variantes y una introducción dividida en ocho apartados que atienden al texto y a su configuración, a las fuentes empleadas y a los aspectos temáticos y dramáticos. Con los datos aportados aquí el lector se hace una idea de las diferencias que se dan entre el manuscrito y la príncipe (como las escenas retocadas para ahorrar actores). Además, se lleva a cabo un análisis exhaustivo de la transmisión textual, considerando las divergencias textuales que se dan en cada una de las versiones. Resulta muy sugerente el estudio

dramático de la obra, en el que se comentan algunos aspectos como la organización dramática, la hibridez genérica o los temas específicos del texto.

En este sentido, resultan muy interesantes las páginas dedicadas a analizar el tema de la lucha del Bien contra el Mal. Como la obra pertenece al género de la comedia de santos, encontramos elementos religiosos y sobrenaturales, pero también elementos y actitudes terrenales. Por ello, en el texto se mezclan componentes sagrados y profanos, como el Bien y el Mal, o las virtudes y los vicios.

Por un lado, destaca la antítesis herejía-evangelización, es decir, el protestantismo encarna el mal con su herejía mientras la evangelización de nuevas tierras —como América o Asia— contribuye al bien de la humanidad. Tirso señala a Lutero como verdadera encarnación del mal en el verso 157 de la obra: «sajón apóstata anticristo». Sin embargo, todo este mal se contrarresta con las *cuentas santas* de Juana y con la cantidad de gracias que emanan de sus benditos rosarios. La cristianización colectiva y la conversión individual alcanzada por la gracia del rosario luchan contra el protestantismo de Lutero, que intenta llevar la oscuridad al continente.

Por otro lado, se representa la lucha del alma contra el cuerpo, es decir, del espíritu contra la materia. En el cuerpo se encuentran pasiones como la envidia, la soberbia, la lujuria o la debilidad tan propias de algunos personajes de la obra, y solo pueden ser superadas a través del arrepentimiento sincero. Así, Mari Pascual, tras caer en la lujuria de don Jorge, se deja llevar por la desesperación del alma (algo demoníaco) y solo el arrepentimiento sincero la salva. A través del rosario que le da Juana, Mari Pascual vence la tentación del demonio de ahorcarse. De este modo, la oración de Juana ha salvado dos vidas en este personaje: la del alma y la del cuerpo. De igual manera, la vicaria, que se había dejado llevar por la envidia, se arrepintió en el momento de su muerte y pudo salvar su alma. Sin embargo, hay que destacar que ese arrepentimiento viene dado por la oración de la santa. Algo parecido ocurre con don Jorge que, a pesar de su lujuria, salva su alma gracias a la santidad de Juana y a las oraciones de las monjas. Todos estos personajes salvan su alma gracias a la intercesión de Juana, cuyo lema de vida resume Tirso en el verso 2288: «yo he de dar bien por mal».

Cabe ahondar en estos motivos si se tiene presente la tradición de las *artes bene moriendi* que surge a finales de la Edad Media y que pervive a lo largo de los siglos posteriores. Nos referimos especialmente a aquellos manuales y tratados como el estudiado por Sanmartín Bastida en 2006 (*El arte de morir. La puesta en escena de la muerte en un tratado del siglo xv*); se trataba, con ellos, de que el moribundo tuviera una buena muerte y se evitara que el demonio, en el momento de más debilidad, aprovechara para condenar su alma. Uno de los remedios para contrarrestar esto es que las personas que acompañaban

al *moriens* rezaran para que superara las tentaciones. En la segunda parte de *La Santa Juana* vemos, de manera similar, cómo la oración es necesaria en el momento de la muerte para que el Bien triunfe sobre el Mal, y de esta forma, el alma gane la batalla contra el demonio. Pensemos en la vicaria, Mari Pascuala, y don Jorge, quienes necesitan de la oración e intercesión de la santa para salvar sus almas en el momento de la muerte.

En cierto sentido, la propia vida de santa Juana es una alegoría tanto del Bien como del Mal en la mente de Tirso. El Mal no se refleja en ella por sus propias obras —como ocurre con el resto de los personajes—, sino como consecuencia de los malos actos de los demás, es decir, la santa encarna el mal cuando sufre las desgracias ocasionadas por otros. A esto habría que añadir los *trabajos*, contrariedades y sufrimientos que Dios le da para que así alcance la gloria. Por lo tanto, existe una conexión directa entre el mal y el bien, entre el dolor y el gozo; por ello en los versos 636-637 Cristo dice a Juana que la «corona de gloria / cuesta corona de espinas». En el texto, la santa encarna el concepto de bien no solo por sus mortificaciones y oraciones, sino por la gracia que le ha concedido Cristo al recibir las señales y dolores de su Pasión. Los estigmas que recibe la santa no hacen solo referencia al mal y al dolor que padeció Cristo, sino que van más allá y superan con creces la maldad. Serán, pues, el mayor símbolo de bien que aparece en toda la obra de Tirso. Por eso, la obra acaba con la admiración de todos ante la «maravilla más alta»: la identificación de Juana con Cristo a través de las sagradas llagas.

Tirso se suma así a la corriente que difundía la santidad de Juana Vázquez, cuya canonización estaba en proceso, aunque nunca finalizó; al tiempo, es clara la huella de la espiritualidad franciscana (la santa Juana murió como terciaria), visible en el motivo de las llagas y en el hecho, más que probable del mecenazgo franciscano en el encargo de la obra.

Por lo demás, nos encontramos ante una edición crítica y anotada, que sigue los criterios editores fijados por la crítica textual moderna (actualización de puntuación, modernización de grafías, desarrollo de abreviaturas, regularización de acentuación y mayúsculas). Además, los análisis de tipo textual y el trabajo con las fuentes del mercedario resultan del mayor interés. Se estudian las dos versiones de la vida de Juana a cargo de Fray Antonio Daza (1610 y 1613), fuente del dramaturgo, así como la evolución que se percibe en los dos manuscritos que transmiten la obra y en la príncipe, que contiene significativos reajustes de contenido (como la desaparición del personaje de Cisneros). El hecho de que se aprovechen materiales y planteamientos de la correspondiente edición crítica previa (*La Santa Juana. Primera Parte*, ed. Isabel Ibáñez, 2016) contribuye a la fijación de un texto crítico anotado con esmero y hace presagiar que se cierre el trabajo editor

próximamente, en el contexto de este valioso grupo de investigación, con la tercera entrega; esto resultará del mayor interés para los estudiosos de Tirso, pero también para aquellos que se han adentrado en el estudio de la espiritualidad de la santa de Cubas de la Sagra.

Beatriz Morillas Pérez